

Fecha 14.04.2026	Sección Primera	Página PP-8
----------------------------	---------------------------	-----------------------

Jitomate a 126%: la pobreza extrema se dispara y ahonda desigualdades

Por Eduardo Gómez de la O



Por Eduardo Gómez De La O

Presidente de la Asociación Mexicana de Gasto Público AC.

Jitomate a 126%: la pobreza extrema se dispara y se ahondan las desigualdades

Doña María López, de 58 años, camina cada martes por el mercado de Abasolo, Guanajuato, con una bolsa de manta casi vacía, antes compraba un kilo de jitomate para la salsa de los tacos de su familia; ahora, con el precio casi duplicado en lo que va del año, solo alcanza para tres piezas. “Con esto ya no alcanza ni para los niños”, dice mientras regatea un puñado de cebollas. Lo que Doña María vive en carne propia no es solo un mal: es el reflejo exacto de lo que los números oficiales del INEGI muestran para el primer trimestre de 2026.

Según los reportes de Líneas de Pobreza publicados por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía en diciembre 2025, enero y marzo 2026, el costo de la canasta alimentaria (la famosa Línea de Pobreza Extrema por Ingresos (LPEI)) subió de manera alarmante. En el ámbito rural pasó de 1,854.39 pesos mensuales por persona en diciembre a 1,940.37 pesos en marzo, un aumento anual del 7.9%. En las ciudades el salto fue todavía más pronunciado: de 2,467.15 a 2,571.18 pesos, es decir, +8.1% anual. La inflación general solo llegó al 4.6% en marzo. Eso significa que la comida básica se encareció casi el doble que el resto de los precios.

El culpable principal lleva nombre y apellido: el jitomate. Su precio anual se disparó 126.3%. En el ámbito rural representó el 41.1% del aumento total de la canasta alimentaria; en el urbano, el 28.8%. Le siguieron los alimentos y bebidas consumidas fuera del hogar (ese taco de la esquina, esa torta de la lonchería) y productos como bistec de

res y leche pasteurizada. Para millones de familias mexicanas que destinan más del 50% de sus ingresos a comer, estos números no son estadísticas: son hambre disfrazada de inflación.

En el sur profundo, donde la pobreza rural es más dura, la historia se repite con mayor crudeza. Imaginen a don Anastasio, campesino de la Sierra de Oaxaca, su ingreso mensual ronda los 3,000 pesos, en marzo de 2026 necesitaba 1,940 pesos solo para cubrir la canasta alimentaria mínima, eso deja menos de 1,060 pesos para transporte, ropa, luz y medicinas. “Antes con el frijol y la tortilla alcanzábamos; ahora ni la verdura nos alcanza”, cuenta. En Chiapas, Guerrero y Veracruz (regiones con alta concentración de población rural y quintiles más pobres) el aumento de la LPEI rural golpea directamente a quienes ya vivían al borde.

En contraste, en las grandes ciudades el golpe llega de otra forma. En la colonia Doctores de la Ciudad de México, doña Carmen vende tacos de canasta. “Antes el kilo de bistec me costaba 180 pesos; ahora pasa de 200 y la gente ya no pide doble”. Los alimentos consumidos fuera del hogar (esos que representan casi la mitad del aumento en la canasta urbana) son el pan de cada día para trabajadores informales, estudiantes y madres solteras que no tienen tiempo ni cocina para preparar todo en casa.

La Línea de Pobreza total (LPI) también subió: en marzo llegó a 3,553.46 pesos en el campo y 4,940.45 en la ciudad. Para un hogar de cuatro personas en Guadalajara o Monterrey, eso son

casi 20,000 pesos mensuales solo para no caer en pobreza. Así, el primer trimestre de 2026 no solo mostró un deterioro general de las condiciones de vida: ahondó las desigualdades que ya existían, como grietas que se abren con más fuerza bajo la presión de los precios.

La brecha rural-urbana se hizo más evidente que nunca, aunque las líneas de pobreza en las ciudades son más altas en valor absoluto (en marzo de 2026 la LPEI urbana llegó a 2,571.18 pesos mensuales por persona frente a 1,940.37 en el campo), el crecimiento porcentual de la canasta alimentaria fue casi idéntico en ambos ámbitos: 7.9% anual en el rural y 8.1% en el urbano, el problema es que el campo tiene muchas menos herramientas para absorber ese golpe.

En las comunidades rurales de Guanajuato o Oaxaca no hay subsidios generalizados al transporte público que suavicen el costo de llevar los productos del mercado, ni comedores escolares tan accesibles y estables como en las grandes ciudades. Doña María, en Abasolo, tiene que caminar kilómetros o pagar un ride caro para llegar al tianguis; cuando el jitomate se dispara, simplemente deja de comprarlo y recurre a lo que tiene en la milpa o al frijol seco, en la ciudad, aunque el golpe duele, muchas familias pueden recurrir a un comedor comunitario o ajustar el gasto en transporte, en el campo, el margen es casi nulo.

La brecha regional también se profundizó, el sur y sureste del país (Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Veracruz), donde predomina la población rural, indígena y de los quintiles 1 y 2 de ingresos,



Fecha 14.04.2026	Sección Primera	Página PP-8
----------------------------	---------------------------	-----------------------

sufrieron el impacto con mayor crudeza, estas regiones históricamente concentran los mayores índices de pobreza multidimensional, y el alza desproporcionada de productos frescos como el jitomate, el limón y el chile golpeó directamente sus canastas básicas. Un campesino de la Sierra de Oaxaca que vive con ingresos cercanos a los 3,000 pesos mensuales vio cómo su umbral de pobreza extrema se elevaba casi 86 pesos en solo dos meses, dejando menos espacio para cualquier otra necesidad, en cambio, el norte y el Bajío (con mayor formalidad laboral, empleos en industria y quintiles medios más robustos) sintieron el aumento de los precios, pero lo amortiguaron mejor gracias a ingresos más estables, cadenas de suministro más eficientes y una menor dependencia de la producción local de hortalizas volátiles.

La brecha por quintiles fue la más dolorosa y regresiva. Los hogares más pobres (quintil 1, el 20% con menores ingresos) destinan alrededor del 50-51% de su gasto total a alimentos y bebidas, según patrones consistentes de la ENIGH reciente; en los casos más vulnerables, esa proporción puede acercarse o superar el 70% cuando los ingresos son muy bajos. Para ellos, un jitomate cuyo precio anual se disparó 126.3% no representa “un lujo perdido”: es la diferencia entre poner salsa en los tacos, obtener vitaminas esenciales o simplemente comer tortilla con sal. Mientras que una familia del quintil 5 puede reducir salidas a comer fuera o cambiar de

marca de leche sin drama, en el quintil 1 cualquier aumento en la canasta alimentaria significa recortar proteínas, frutas o incluso comidas completas, la comida, que debería ser el refugio básico de la supervivencia, se convirtió en el mayor enemigo del poder adquisitivo de los mexicanos más vulnerables.

El INEGI lo dice claro en sus cuadros: la canasta alimentaria explicó entre el 54.6% y el 73.6% del aumento anual de la Línea de Pobreza total (LPI) según el ámbito. Esa proporción tan alta revela la naturaleza profundamente regresiva de este choque inflacionario. Cuando los precios de los bienes básicos suben más rápido que los ingresos y más rápido que la inflación general, las desigualdades preexistentes no solo se mantienen: se cavan más profundo, separando aún más a quienes apenas logran llegar a fin de mes de quienes ni siquiera notan el cambio en el supermercado.

Esta dinámica del primer trimestre de 2026 no fue un accidente aislado. Fue el recordatorio de que, en México, la inflación alimentaria siempre castiga más a los mismos: los rurales, los del sur, los del quintil más bajo y cuando la línea de pobreza sube, no solo cambia un número en un reporte oficial; cambia la vida cotidiana de millones de familias que ven cómo su esfuerzo diario alcanza para menos.

¿QUÉ DEBERÍA HACER EL ESTADO MEXICANO PARA CONTRARRESTAR ESTE DETERIORO?

Los datos del propio INEGI ofrecen un mapa preciso de dónde y cómo actuar.

Primero, fortalecer la producción agrícola de productos básicos (jitomate, chile, limón y carnes) mediante subsidios directos a pequeños productores del sur y programas de seguros contra fenómenos climáticos que provocan estos picos de precios.

Segundo, implementar un esquema temporal de subsidio focalizado a la canasta alimentaria para los quintiles 1 y 2, similar a los antiguos subsidios al gas o la tortilla, pero ahora digital y vinculado al Registro Nacional de Población en Pobreza.

Tercero, expandir y actualizar los programas de transferencias condicionadas (como la actual versión de Prospera) para que el apoyo monetario se ajuste mensualmente al comportamiento de las líneas de pobreza que publica el INEGI.

Cuarto, impulsar comedores comunitarios y escolares en zonas rurales y colonias urbanas de alta marginación, reduciendo la dependencia de “comer fuera” que tanto encareció la canasta urbana.

Finalmente, crear un fondo de estabilización de precios de la canasta básica que active automáticamente cuando la LPEI crezca más de 2 puntos por encima de la inflación general, como ocurrió en marzo 2026.

Porque si el Estado no actúa con la misma rapidez con la que suben los precios de la comida, las líneas de pobreza dejarán de ser solo números en un reporte del INEGI y se convertirán en el muro que separará, cada vez más, a quienes pueden comer de quienes solo pueden sobrevivir. México, en el primer trimestre de 2026, ya sintió ese muro más cerca.

Fecha
14.04.2026

Sección
Primera

Página
PP-8



Foto: Cuartoscuro